

*Autora best seller del USA Today*

**L. J. SHEN**

**BANE**

CHIC



**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



# **Bane**

**L. J. Shen**

**Sinners of Saint 4**

**Traducción de Eva García Salcedo**



# Contenido

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Epílogo

*Playlist*

*Agradecimientos*

*Sobre la autora*

# Página de créditos

## *Bane*

V.1: Febrero, 2022

Título original: *Bane*

© L. J. Shen, 2018

© de la traducción, Eva García Salcedo, 2022

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Los derechos morales de la autora han sido declarados.

Diseño de cubierta: Letitia Hasser, RBA Designs

Adaptación de cubierta: Taller de los Libros

Corrección: Olga López

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2<sup>o</sup> 1<sup>a</sup>

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-64-6

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# ***Bane***

**Tras un largo camino, estaban destinados a encontrarse...**

**B**ane es un ladrón, un estafador y un mentiroso. Jesse es un juguete roto que se aisló del mundo tras un terrible incidente. Sus caminos se cruzan cuando él cierra un succulento trato con un magnate del petróleo que implica acercarse a Jesse. Será todo un reto, pero ¿y si Bane resultara ser su salvador?

**Descubre el desenlace de la serie *Sinners of Saint*,  
*best seller* del *USA Today***

«*Bane* es una aventura sentimental apasionante y desgarradora que te deja sin aliento una y otra vez.»

**Helena Hunting, autora *best seller***

**\*Este libro contiene escenas que pueden resultar ofensivas, provocar una fuerte respuesta emocional y/o herir la sensibilidad de algunos lectores.\***

*Spoiler:* en este cuento la princesa se salva sola.

*A Tijuana Turner y Amy Halter*

*Dicen que no hay dos copos de nieve iguales. Cada copo de  
nieve es bello y fascinante a su manera.  
Simbolizan la pureza.*

*Pero los copos de nieve que tienen la suerte de posarse en  
el suelo están destinados a cubrirse de suciedad. Los copos  
de nieve nos enseñan una lección: si vives lo suficiente,  
acabarás ensuciándote.*

*Pero ni siquiera tus manchas empañarán tu belleza.*

# Prólogo

## Bane

### *Antes*

Un embustero.

Un timador.

Un ladrón impío.

Mi reputación era como una ola gigante que iba surfeando mientras se zampaba a todos los que me rodeaban y a sus intentos de tocarme los cojones.

Me consideraban un fumeta, pero el poder era mi droga favorita. El dinero no significaba nada. Era tangible y, por lo tanto, fácil de perder. Mira, para mí la gente no era más que un juego. Uno que siempre había sabido ganar.

Mover las torres.

Desplazar a la reina cuando es necesario.

Custodiar al rey todo el puto tiempo.

Nunca me distraía, nunca desistía y nunca me ponía celoso.

Así que imaginad mi sorpresa cuando sentí todo eso de golpe.

Fue una sirena con el pelo negro como el carbón la que me arrebató la posibilidad de surcar la ola más grande que

había visto ese verano. La que se llevó mi atención. La que me robó el puñetero aliento.

Emergió del agua como el sol cuando anochece.

Me senté a horcajadas en mi tabla de surf y la observé embobado.

Edie y Beck se detuvieron a mi lado, flotando sobre sus tablas en mi periferia.

—Está con Emery Wallace —advirtió Edie. *Ladrón.*

—Es la más cañón del pueblo —dijo Beck, que se reía entre dientes. *Embaucador.*

—Y lo que es más importante: solo sale con ricachones gilipollas. —*Embustero.*

Tenía todos los ingredientes para conquistarla.

Su cuerpo era un manto de nieve fresca. Blanca, preciosa, como si la luz del sol la traspasara sin penetrarla del todo. Su piel desafiaba la naturaleza y su culo, mi cordura. Pero fueron las palabras que llevaba grabadas en la espalda las que pusieron a prueba mi lógica.

No eran sus curvas o cómo contoneaba las caderas, cual manzana venenosa colgando de una rama, lo que explicaba mi reacción ante ella.

Era el tatuaje que le había visto cuando había nadado cerca de mí antes; empezaba en la nuca y le bajaba por la espalda como una flecha.

«Estaba destinada a encontrarte».

Pushkin.

Solo conocía a una persona que estaba como loca por ese poeta ruso, y, como el famoso Alexander, estaba criando malvas.

Mis amigos se dirigieron a la orilla dando brazadas. No podía moverme. Sentía que los huevos me pesaban diez toneladas. No creía en el amor a primera vista. Lujuria, tal

vez, pero ni siquiera esa era la palabra que buscaba. No. Esa chica me intrigaba que te cagas.

—¿Cómo se llama? —Agarré a Beck del tobillo y lo acerqué a mí. Edie dejó de remar y nos miró.

—¿Qué más da?

—Que cómo se llama —repetí con la mandíbula apretada.

—Tío, es muy joven para ti.

—No lo repetiré una tercera vez.

Beck tragó saliva de manera audible. Sabía muy bien que no me gustaba perder el tiempo. Si era mayor de edad, iría a por ella.

—Jesse Carter.

Jesse Carter era mía antes de conocerme siquiera.

Antes incluso de que yo la conociera.

Antes de que su vida diera un giro de ciento ochenta grados y su destino se reescribiera con su sangre.

Esa era la verdad que ni siquiera mi lado embustero reconocería más adelante: ya la deseaba antes.

Antes de que se convirtiera en un negocio.

Antes de que la verdad la enjaulara.

Antes de que los secretos salieran a borbotones.

Ese día no pude surfear.

Se me rompió la tabla.

Debería haberlo considerado como un presagio.

Mi corazón sería el siguiente.

Y, para lo pequeña que era, se lo cargó a lo grande.

## **Jesse**

### ***Antes***

Aquella noche había luna llena.

Si no hubiera sido una horterada, me habría reído y todo. Qué cliché, ¿eh? Una luna grande, redonda y de un blanco lechoso que brillaba triunfal e iluminaba la noche que forjó mi destino, mi identidad y mi vientre con rayos cegadores y relucientes.

La observé, quieta y calma. Las cosas hermosas solían ser inútiles.

«No te quedes ahí parada. Llama a la poli. Llama a una ambulancia. Sálvame».

Me pregunté si moriría. Y, de ser así, ¿cuánto tardaría Pam en percatarse de mi ausencia? ¿Cuánto tardaría Darren en asegurarse que siempre había tenido problemas? «*Cimpática*», la consolaría él con su ceceo, «pero problemática». ¿Cuánto tardaría en estar de acuerdo con él? ¿Cuánto habría tardado en derretirse el Kit Kat en la lápida de mi padre bajo aquel sol de justicia?

—Qué pena, con lo buena que era —lamentarían. Nada como una adolescente muerta para unir al vecindario. Y más en el pueblo de All Saints, donde las tragedias solo se veían en los periódicos y el telediario. Sí. Esto les daría algo de lo que hablar. Un relato prohibido y sustancioso sobre la caída en desgracia de la chica de moda.

Iba asimilándolo con cuentagotas. Emery, Henry y Nolan ni siquiera recibirían una amonestación menor. ¿Servicios a la comunidad? Ni en sueños. La vergüenza pública se reservaba para mí en forma de malas caras e invitaciones canceladas a los eventos del año siguiente en el club de campo. Yo era la intrusa. La estúpida mortal que se había mezclado con la realeza de sangre azul de All Saints.

Se saldrían con la suya, eso lo tenía claro. Irían a la universidad y asistirían a fiestas. Se graduarían y lanzarían sus dichosos birretes al dichoso aire. Se casarían, tendrían hijos, se reunirían y esquiarían con sus amigos cada año. Y vivirían. Dios, vivirían. Me sacaba de quicio pensar que su

herencia y su dinero los librarían de enfrentarse a la justicia. Aquella noche sabía que estaba muerta, incluso si me sacaban de la carretera con pulso. Muerta en todos los aspectos importantes.

Por un instante, seguía siendo la antigua Jesse. Intenté verle el lado positivo a mi situación. Hacía buen tiempo para ser febrero. Ni mucho frío ni mucho calor. El calor del desierto se me pegaba a la piel, pero era menor a causa del frescor del asfalto sobre el que estaba tendida. Muchas víctimas se recuperaban. Estudiaría una carrera en el extranjero. Darren era un experto en solucionar los problemas soltando billetes. Sería una nueva Jesse. Olvidaría lo sucedido. ¿No estaba para eso la hipnosis? Podría preguntárselo a Mayra, la loquera a la que me llevaron mis padres cuando empecé a tener pesadillas. La ciencia carecía de límites. Para muestra, un botón: mi madre de cuarenta años parecía tener veintitrés gracias al bótox.

Se me clavaban piedrecitas en la espalda. Mi ropa interior de encaje rosa estaba por ahí, rota, y aunque no sentía la entrepierna, notaba que me bajaba algo por el muslo. ¿Sangre? ¿Semen? A esas alturas daba lo mismo.

Decidida, devolví el parpadeo a las estrellas, que colgaban en lo alto del cielo oscuro cual lámpara de araña mientras se burlaban de mi patética existencia mortal.

Debía levantarme. Pedir ayuda. Salvarme. Pero pensar en moverme y no poder me paralizaba mucho más que el dolor. Tenía las piernas entumecidas y las caderas, aplastadas.

Oí unas sirenas a lo lejos.

Cerré los ojos con fuerza. A menudo, veía a mi padre al otro lado, como si su cara estuviera grabada con tinta permanente en mis párpados. Ahí es donde seguía vivo. En mis sueños. Más nítido que la mujer que abandonó. Pam

siempre era un personaje secundario en mi historia, pues se centraba en escribir la suya propia.

Las sirenas sonaron más cerca. Más fuerte. Se me cayó el alma a los pies y se hizo un ovillo cual cachorro maltratado.

«Unos minutos más y serás la comidilla del pueblo. Un cuento con moraleja».

La antigua Jesse lloraría. Gritaría y se lo contaría todo a la policía. Actuaría con normalidad pese a las anómalas circunstancias. La antigua Jesse juraría venganza y haría lo correcto. Lo feminista. No dejaría que se salieran con la suya.

La antigua Jesse sentiría.

La ambulancia se detuvo con un chirrido junto a la acera, lo bastante cerca como para que el calor que emanaban los neumáticos y la goma quemada me llegara a la pituitaria. Por algún motivo, saber que habían pedido ayuda era hasta más exasperante que el que me hubiesen dado por muerta, como si supieran que eran intocables incluso habiéndome hecho aquello. Desplegaron una camilla a mi lado. Repetí las últimas palabras que oí antes de que me abandonaran en el callejón mientras una única lágrima me caía por la mejilla.

«Estaba destinada a encontrarte».

—Y vaya encuentro. Nos lo has puesto difícil, ¿eh, zorra?  
—Nolan me dio una patada en las costillas.

Me tatué esa frase pensando que Emery era el hombre que había estado esperando. Ahora me ardía la nuca. Quería arrancarme la piel del cuello y tirarla al lado de mis prendas rasgadas.

Con un esfuerzo agónico me tapé el pecho con el brazo izquierdo; me llevé el derecho al vientre para ocultar lo que habían tallado en mi torso como si fuera una calabaza de

Halloween. Me habían obligado a mirar mientras lo hacían. Me sujetaron la mandíbula con sus manos limpias y suaves, y el cuello se me dobló de forma antinatural para adaptarse a la incómoda posición. Un castigo por mi bochornoso pecado.

La palabra brillaba cual valla publicitaria de neón en mi piel para que todo el mundo la viera, la juzgara y se riera; las letras tiñeron de rojo mi falda rosa de marca.

Put

La antigua Jesse se explicaría, negociaría y discutiría.  
La antigua Jesse intentaría guardar las apariencias.  
La antigua Jesse estaba muerta.

# Capítulo uno

## Bane

### *Ahora*

**S**upongo que al final todo me la sudaba muchísimo.

La gente y la lucha encarnizada de los ricos por ser los más populares, porque no les costaba llegar a fin de mes como a todo hijo de vecino ni les hacía falta comportarse como adultos responsables.

Yo era el típico que se pasaba el día en la playa, el colgado, el fumeta y... el camello en libertad condicional. No era el más popular del barrio, pero la gente me temía lo suficiente como para no entrometerse en mis asuntos. No fue decisión mía convertirme en un maleante. Mi madre no era rica y no conocí a mi padre, así que me las apañé como pude para sobrevivir en el pueblo más rico de California y tener algo más que tele por cable y congelados para almorzar.

Con quince años me dio por el surf a tope. Y no era una afición barata, precisamente. Era lo único que me importaba aparte de mi madre. Por lo demás, no le veía ningún interés a la vida. Así que acabé traficando con drogas a una edad muy temprana. María, sobre todo. Es más fácil de lo que pensáis. Comprad teléfonos de prepago

en el súper. Uno para proveedores y otro para clientes. Cambiad de número con frecuencia. No tratéis con gente que no conozcáis. No contéis vuestras movidas. Sed amables y mostraos optimistas. Con esto me pagaba el material para surfear y el instituto. Bueno, de vez en cuando mangaba carteras para comprarme tablas. Maltrataba mucho la mía.

Así fue como me las arreglé hasta que me concedieron la libertad condicional, pero luego me di cuenta de que no me iba mucho el rollo de la cárcel y quise ampliar horizontes. De eso hará unos cinco años, aunque nunca pensé que estaría sentado delante del tío más temible de All Saints para hacer..., bueno, negocios. Negocios legítimos, además.

—Háblame de tu mote. —Baron Spencer, apodado Vicious por todos los que tuvieron la mala suerte de conocerlo, sonrió con suficiencia. Sirvió cuatro dedos de Macallan en dos vasos y contempló el líquido dorado con la misma devoción que la gente suele reservar para sus hijos.

Viajé desde All Saints a Los Ángeles para reunirme con Spencer en su despacho. No tenía ningún sentido logístico. Vivíamos a diez minutos el uno del otro. No obstante, si algo había aprendido de los ricachones gilipollas era que les gustaba el espectáculo. El cotarro. No era un evento social, por lo que debíamos reunirnos en su lugar de trabajo para que viera lo grande que era su despacho esquinero, lo buena que estaba su secretaria y lo caro que era su *whisky*.

Por mí como si quedábamos en Marte, siempre y cuando obtuviera lo que había venido a buscar. Crucé los tobillos por debajo de la mesa y choqué las botas desatadas. Ignoré la bebida que deslizó hacia mí sobre aquel escritorio cromado. Prefería el vodka. Asimismo, prefería no ponerme pedo antes de coger la Harley. A diferencia del señor Spencer, yo no tenía un chófer personal que me llevara a

todas partes como si no tuviera piernas. Pero lo primero era lo primero. Me había formulado una pregunta.

—¿Mi mote? —Me acaricié la barba con aire pensativo.

Asintió con brusquedad, como diciendo «no me toques los huevos».

—Bane se parece muchísimo a Vicious, ¿no crees?

«No, no lo creo, imbécil».

—¿No fuiste tú el que se inventó el juego del Desafío? — Me apoyé en las dos patas de atrás de la silla y masqué mi chicle de canela con fuerza. Tal vez debería explicar en qué consistía. El Desafío era una antigua tradición del instituto All Saints. Los alumnos se retaban a darse de hostias. Esa ida de olla se le ocurrió a los Buenorros, cuatro críos que mandaban en el instituto como si fuera de sus padres. Irónicamente, podría decirse que así era. Los antepasados de Baron Spencer construyeron medio pueblo, incluido el instituto, y la madre de Jaime Followhill había sido la directora hasta hacía seis años.

Vicious bajó el mentón y me observó detenidamente. El muy capullo tenía la típica sonrisa que haría a las mujeres gemir su nombre aunque estuviera en otro continente. Estaba felizmente casado con Emilia LeBlanc-Spencer y fuera del mercado. Lástima que se notara a la legua que estaban enamorados. Las mujeres casadas eran mi sabor favorito. Solo querían follar.

—Así es.

—Te apodaron Vicious por iniciar el juego. A mí me pusieron Bane por cargármelo. —Me saqué un porro del bolsillo. Supuse que Vicious fumaba en su despacho, pues su lugar de trabajo daba a un patio abierto y en su mesa había más ceniceros que bolígrafos. No hacía falta ser Sherlock para darse cuenta.

Le hablé a Spencer de la primera vez que me desafiaron a una pelea en mi primer año de bachillerato. Le dije que no conocía las reglas, y es que había estado demasiado

ocupado ingeniándomelas para pagarme el material escolar y la matrícula como para conocer los entresijos del instituto All Saints. Que le estampé la bandeja en la cabeza a un chico que me estaba tocando las pelotas. Que le provoqué una conmoción cerebral y a partir de aquello lo llamaron Bob Esponja Cabeza Plana. Que a las dos semanas me sorprendió al salir de clase con seis mazados de último curso y tres bates de béisbol. Que les di una paliza a ellos también y que les rompí los bates por si acaso. Luego le conté los problemas en los que nos habíamos metido todos. Los muy cobardicas se quejaron de que me había pasado y no me había ceñido a las reglas. Me apodaron «Bane», suplicio, porque la directora, la señora Followhill, pulsó el altavoz sin querer con el codo cuando estaba hablando de mi comportamiento con un consejero y dijo que le «amargaba la vida».

La directora Followhill aprovechó la oportunidad para acabar con la tradición que su hijo Jaime había ayudado a instaurar.

No ayudó que un mes antes del incidente de la cafetería, un instituto privado de Washington viviera una masacre parecida a la de Columbine. Todos temían a los niños ricos. Aunque, bueno, creo que no me equivoco si afirmo que me temían todavía más a mí.

Llamadme complaciente, pero les había dado buenas razones para no acercarse a mí.

Me habían puesto un apodo y pensaba hacerle honor; lo interiorizaría.

En mi opinión, yo era un capullo que venía de Rusia y que vivía en uno de los pueblos más ricos de Estados Unidos. No tenía la más mínima posibilidad de encajar. Así pues, ¿qué había de malo en destacar?

Vicious se relajó en su asiento de cuero sin dejar de sonreír. No le importaba que me hubiera cargado el Desafío. Dudaba que le importara algo. Era más rico que

Dios, estaba casado con una de las mujeres más bellas del vecindario y era un padrazo. Había ganado la batalla, la guerra y salvado todos los obstáculos con los que se había topado por el camino. No tenía nada que demostrar y rezumaba satisfacción.

Era engreído, y yo era codicioso. La codicia era peligrosa.

—Muy bien, Bane. ¿Qué te trae por aquí?

—Quiero tu dinero —dije. Le di una larga calada al porro y se lo pasé. Negó con la cabeza con un movimiento apenas perceptible, pero su sonrisita se ensanchó un ápice y se transformó en una sonrisa condescendiente.

—Para el carro, chico. No somos amigos. Casi ni conocidos.

Exhalé una nube de humo larga y blanca por las fosas nasales.

—Como ya sabrás, van a demoler el viejo hotel que hay cerca de Tobago Beach. Sus metros cuadrados estarán disponibles para uso comercial y la idea sería construir un centro comercial en su lugar. Se celebrará una subasta a finales de año. Las empresas de fuera que quieren pujar no saben dónde se meten. No tienen contactos en All Saints ni conocen a los contratistas locales. Pero yo sí. Te ofrezco un veinticinco por ciento de capital si inviertes seis millones de dólares en un parque de surf formado por una academia de surf, tiendas de surf, zona de restaurante y tiendas de *souvenirs* para turistas. La compra del terreno y el coste de la demolición correrán totalmente por mi cuenta, así que considérala mi primera y última oferta.

Iba a perder mucho dinero en ese trato, no obstante, necesitaba adjuntar el nombre de Vicious a mi propuesta. Rematar mi oferta junto a él haría que el condado la viera con otros ojos. Como imaginaréis, no tenía la mejor reputación en ese mundillo.

—Ya soy el dueño de un centro comercial en All Saints.  
—Vicious se acabó el *whisky* y estampó el vaso en la mesa. Mientras contemplaba Los Ángeles por las ventanas abiertas del patio, añadió—: El único centro comercial de All Saints para ser exactos. ¿Por qué ayudaría a construir otro?

—Eres dueño de un centro comercial de alta gama. Prada, Armani, Chanel y ese rollo. La clase de ropa que no pueden permitirse ni los adolescentes ni los turistas. Yo te hablo de un parque de surf. Es como comparar peras con manzanas.

—También habría tiendas.

—Sí, tiendas relacionadas con el surf. Tiendas de playa. No soy tu competencia.

Vicious se sirvió un segundo vaso con la mirada fija en el líquido.

—Cualquier persona con pulso es mi competencia. Tú también. Que no se te olvide.

Exhalé el humo por la boca en dirección al techo y cambié de estrategia.

—Vale. A lo mejor el parque de surf te causaría pérdidas. Pero ya conoces el dicho: si no puedes vencerlos, únete a ellos, ¿no?

—¿Quién dice que no puedo vencerte? —Vicious cruzó los tobillos por encima de la mesa. Me quedé mirando las impecables suelas de sus zapatos. No sabía con quién se estaba metiendo. Me conocía, sí. A esas alturas era difícil no saber quién era. A mis veinticinco años, era dueño de la cafetería más exitosa de All Saints: el Café Diem. Recientemente, había comprado un motel situado en las afueras. Iba a dejar solo las paredes y a convertirlo en un hotel *boutique*. Además, extorsionaba a las tiendas y los establecimientos del paseo marítimo e iba a medias con mi colega Hale Rourke. Parecía mucha pasta, sin embargo, la verdad era que gastaba más de lo que ganaba con los dos

locales, de modo que, a efectos prácticos, seguía siendo el mismo gilipollas sin blanca. Lo único nuevo era que ahora mi nombre estaba más mancillado que antes.

Mi ascenso al poder había sido lento, constante e imparable. La familia de mi madre vivía holgadamente, pero bien que nos mandaron a Estados Unidos cuando yo no era más que un crío para que nos buscáramos la vida solos. Cada centavo que ganaba era gracias al tráfico de maría, los chantajes y las mujeres equivocadas que me tiraba a cambio de un precio adecuado. A veces a los hombres, si iba muy mal de pasta. Los contactos que me ayudaron a tomar la delantera los hice gracias a favores sexuales y aventuras a corto plazo. Lo cual me granjeó una reputación poco deseable. No me importó. Ni que fuera a postularme para ser alcalde.

—Señor Protsenko, confieso que estoy tentado a decir que no.

—¿Y a qué viene esa tentación?

—Tu reputación te precede.

—Dime qué has oído.

Descruzó las piernas, se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza; sus ojos refulgían cual tormenta helada.

—Que eres un estafador, un huevo podrido de esos que provocan intoxicación alimentaria, y un ladrón.

No tenía sentido refutar esos hechos. Llamadme renacentista, pero cumplía con todos los requisitos.

—Por lo que a mí respecta, podrías usar ese sitio para blanquear capital. —Tensó la mandíbula, molesto. No era mi intención, aun así, no se le escapaba una al tío.

—No, demasiado arriesgado. El blanqueo de capital es un arte. —Exhalé otra nube de humo espeso.

—Además de un delito federal.

—¿Puedo preguntarte algo? —Eché la ceniza en el vaso de *whisky* que me había servido para demostrarle exactamente lo que pensaba de su licor de sesenta mil

dólares. Arqueó una ceja con aire sarcástico y aguardó a que continuara—. ¿Por qué me has hecho venir si sabías que ibas a rechazar mi propuesta? Soy uno de los principales candidatos para comprar el terreno. Todo el mundo tiene conocimiento de ello. No estoy aquí por tu cara bonita. Y lo sabes.

Vicious se dio golpecitos en la barbilla con los índices entrelazados e hizo un puchero.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Pues que no viene con un coño y un par de tetas a juego.

—Se rumorea que no te limitas a un solo género. De todas formas, quería verlo con mis propios ojos.

—¿Ver qué? —Ignoré su pulla. Paso de los comentarios homófobos. Además, quería hacerme rabiar. No era mi primer ni mi último asalto contra un capullo vanidoso. Siempre terminaba primero (interpretad lo que queráis).

—Cómo es mi sucesor.

—¿Tu sucesor? Estoy confundido y colorado, y mi radar para detectar gilipolleces me está dejando sordo. —Sonreí con suficiencia y me rasqué la cara con el dedo corazón.

Éramos polos opuestos. El hijo de una madre soltera y clase media sentado ante un bebé que había nacido con un fondo fiduciario bajo el brazo. Yo llevaba el pelo rubio recogido en un moño varonil, tenía tantos tatuajes como para cubrir la mitad de América del Norte, y el atuendo de ese día se componía de una camiseta, pantalones pirata negros y botas manchadas de barro. Él llevaba un traje italiano, tenía el pelo negro y liso, y una piel blanca como la porcelana. Él parecía un bistec de estrella Michelin y yo, una hamburguesa de queso grasienta para llevar. No me molestó en lo más mínimo. Me encantaban las hamburguesas de queso. La mayoría prefería una hamburguesa doble con queso a un trocito de tartar.

Vicious se estiró en su asiento.

—Entiendes que tendría remordimientos si te ayudara a construir un centro comercial centrado en el surf o en lo que sea en All Saints, ¿no? Iría en contra de mi negocio. — Ignoró mi pregunta y eso no me gustó. Dejé el porro en el vaso de *whisky* y me puse en pie.

Me miró fijamente. Sereno, sincero y sumamente indiferente.

—Pero eso no significa que no te apoye, Bane. Es solo que no te armaré para la guerra que pretendes librar. Porque yo también presentaré batalla con mi propio ejército. Quien monte un centro comercial en ese terreno me tocará los huevos. Si alguien me toca los huevos, yo se los reviento.

Me rasqué la barba mientras procesaba lo que me decía. Pues claro que les daba igual a Vicious y a sus colegas. Vicious se encontraba en la cima. Yo podía alcanzarla. Aplastarme formaba parte de su instinto de supervivencia.

Spencer bajó la vista y apuntó algo en un bloc de notas dorado con el logo de la Compañía de Bienes, Adquisiciones y Servicios, el nombre de su empresa.

—Pero conozco a alguien que podría ayudarte. Lleva años intentando asentarse en All Saints. Necesita hacerse un nombre aquí y está empezando a desesperarse bastante. Quizá no se haya ganado el favor del pueblo, pero está limpio y le sobra la pasta. —Deslizó la nota por el escritorio, cromado en negro y dorado, y yo la acepté con mis dedos tatuados y llenos de callos.

«Darren Morgansen», seguido de un número de teléfono.

—Petróleo. —Vicious se alisó la corbata que adornaba su camisa—. Y lo que es más importante: a diferencia de la gran mayoría de los empresarios de este pueblo, te escuchará.

Tenía razón y eso me fastidiaba.

—¿Por qué me ayudas? —pregunté. Baron Spencer me caía bien. Fue el primero con el que había querido asociarme cuando decidí hacer una oferta por ese terreno. Había más gente rica e influyente en el pueblo, aunque ninguno tan despiadado como él.

—Solo te estoy dando ventaja. Así es más interesante y me gusta el factor sorpresa —dijo mientras le daba vueltas a su alianza en el dedo—. Abre el parque de surf que tienes en mente, Bane. Te reto. Estaría bien conocer al fin a mi igual.

Antes de abandonar el edificio, fui a cagar y birlé unos cuantos bolis la mar de chulos de la Compañía de Bienes, Adquisiciones y Servicios, solo por diversión. Ah, y podría haberme tirado a su secretaria, Sue. Me envió un correo electrónico con los datos de contacto de todos los proveedores de servicios que trabajaban para el centro comercial de su jefe. Me serían útiles cuando abriera el parque de surf; parque que, en teoría, me sacaría del hoyo y pagaría la hipoteca de mi madre.

Baron Spencer creía que iba a enzarzarse en una guerra conmigo.

Estaba a punto de descubrir que yo era la guerra.

\* \* \*

Conocí a Darren Morgansen esa misma noche.

Primera señal de que estaba demasiado ansioso: me invitó a su casa. Como he dicho, los magnates de los negocios rara vez se reúnen contigo en su ámbito privado. Morgansen se saltó el protocolo por completo. Cuando hablamos por teléfono, me dijo que le hacía mucha ilusión conocer a una pieza clave como yo, lo que casi me hizo anular la cita. Yo era el que tenía que comerle la oreja, no al revés. Pero estaba dispuesto a pasar por alto la extraña dinámica si con ello conseguía montar el parque de surf

más grande del mundo y convertir All Saints en la próxima Huntington Beach.

Sobre todo, vislumbré la oportunidad de hacerme tan rico como aquella gente que me miraba como si fuera basura, y me apetecía intentarlo. No os voy a engañar: no esperaba llegar ni la mitad de lejos de lo que había llegado en mi aventura para comprar el solar. La gente prestaba atención a lo que les decía y eso me sorprendió un poco.

Morgansen vivía en El Dorado, una urbanización privada situada en las colinas de All Saints y con vistas al mar. El barrio era el hogar de la mayoría de los mocosos ricachones del pueblo. Los Spencer. Los Cole. Los Followhill. Los Wallace. El dinero de esa gente no se gana: se hereda.

La casa de los Morgansen era una mansión colonial que se erigía al otro lado de la ladera de la montaña. Nada como vivir en un acantilado para que te entraran ganas de arrojarte por él. Había un pequeño estanque y una fuente en cascada con cisnes (reales) y ángeles (falsos) disparando flechas de agua en el camino de entrada, un jardín, un *hamam* y una sauna junto a la piscina con forma de riñón, y un montón de chorradas. Me apuesto mi huevo derecho a que ninguno de los habitantes de esa casa las ha usado alguna vez. Tenía unas plantas la hostia de grandes alineadas a cada lado de su entrada de doble puerta. El muy gilipollas gastaría en jardinería en un mes lo que me había costado a mí mi casa flotante.

Morgansen me recibió en la puerta de la urbanización. Fingí que no disponía de llave electrónica. A continuación, me enseñó su mansión como si estuviera considerando comprarla. Dimos un paseo por el jardín delantero, el patio trasero y las dos cocinas de la planta baja. Luego subimos al piso de arriba por la escalera de caracol. «Ven, que te *enceño* mi *dezpacho*», ceceaba. Por dentro suspiré de alivio. «Ya era hora, coño». Por fin íbamos al grano.

Pasamos junto a una puerta cerrada y se detuvo. Indeciso, llamó a la puerta con los nudillos y apoyó la frente en la madera.

—¿Cariño? —susurró. Era larguirucho y caminaba encogido, como si fuera adolescente y le pegaran. El típico blanquito, anglosajón y protestante. Todo en él era mediocre. Ojos marrones parecidos a los de un lémur, nariz huesuda que destacaba por lo fea que era, labios finos y arrugados, cabello entrecano y un traje soso y poco acertado con el que daba la impresión de que estuviera en su bar mitzvá. Parecía un extra en la película de otra persona. Casi me dio hasta pena. Había nacido para ser del montón y ni todo el dinero del mundo podría cambiarlo.

Al otro lado no contestó nadie.

—Cariño, *eztoy* en mi *dezpacho*. *Avízame ci nececítaz* algo. O... O *dícelo* a Hannah.

«Exclusiva: un rico con una hija mimada».

—Vale, me voy. —Se detuvo, deleitándose con el sonido del silencio—. Al fondo del *pacillo*...

Morgansen era una criatura peculiar dentro del club de los multimillonarios. Era sumiso y pusilánime, dos rasgos que empujaban al bulldog sediento de sangre que yo llevaba dentro a masticarlo como si fuera un juguete de goma. Entramos en su despacho; la puerta se cerró casi sin hacer ruido. Darren se echó el pelo hacia atrás, se limpió las manos en los pantalones de vestir y se rio con nerviosismo mientras me preguntaba qué quería beber. Le dije que tomaría vodka. Pulsó un botón de la centralita de su mesa de roble y se hundió en su silla de cachemira.

—Hannah, vodka, *ci érez* tan amable.

En serio, empezaba a intuir por qué Baron Spencer me había dado el número de ese payaso. Quizá se tratara de una broma a mi costa. Ese tío podía ser muy rico —corrección: nadaba en la abundancia y su casoplón del tamaño del paseo marítimo lo demostraba—, pero también